

# Homenaje al poeta de vida callada

Los versos de Tomas Tranströmer, el último Nobel sueco, fueron declamados en su presencia en el Teatro Dramaten de Estocolmo. El autor del artículo estuvo allí y lo cuenta, al tiempo que recrea su vida y escenarios

JOSÉ CARLOS CATAÑO

El día de Lucía es toda una institución en Estocolmo. Marca la noche más larga, según el antiguo calendario, y el momento más peligroso del combate contra la oscuridad, que este año cayó el martes 13 de diciembre.

En vísperas de ese anticipado solsticio de invierno, a punto del triunfo de la luz, sentados en el escenario principal del Dramaten, esperábamos la entrada de Tomas Tranströmer para el tributo que iba a dispensarle un cuadro de actores del Teatro Dramático Nacional. Todo por gentileza de Emilio Quintana, poeta y profesor en el Instituto Cervantes, residente en Suecia desde hace años, bibliófilo y traductor de las vanguardias nórdicas. La sala estaba a rebosar. Gente mayor y bien vestida, gente de mediana edad con ropa informal y elegancia sobria, y algún joven solitario que miraba con recelo a los corros como en cualquier teatro de provincias.

Todo muy a lo Bergman. O a lo Strindberg, despreciado, odiado y al final ovacionado en un cortejo fúnebre como gloria nacional. Y nombro al strindbergiano Bergman, porque aquí dejó su huella como director y su semilla en el plantel de los mejores intérpretes.

Siete minutos después de las seis de la tarde, aunque en esta época del año en Estocolmo no existe la tarde, en plena noche azul avanzaba Tomas Tranströmer acompañado de su mujer y puente con el mundo, y de un ayudante que lo condujo en su silla de ruedas hasta la primera fila. El Dramaten, en pie lleno de aplausos y exclamaciones de alegría.

Al poeta lo recibió su amigo el escritor Per Wästberg, de la Academia Sueca. Enseguida tuvo lugar la lectura de poemas, siguiendo una puesta de escena sin artificios, eficiente. De dos en dos, o solo uno, se sucedían actores y actrices, pero yo solo tenía vista y oídos para Stina Ekblad. Fascinante su forma de plantarse en el escenario, las piernas separadas en busca de la tierra elemental, los codos bajados para que la voz le saliera del estómago y el mentón levantado para mirar y dirigir el poema más allá del teatro. Sin impostación, su edad, su género, su rostro, todo se disolvía y era sentimiento, encarnación de la palabra del poeta. Así también la vimos, ambigua, transfigurada casi, en el papel de Ismael Retzinsky en la película de Bergman *Fanny y Alexander*.

A todo esto, se sucedían los poemas de Tranströmer. Sabiendo sólo alguna palabra del idioma, opté por centrarme en la imaginación que seguía la ruta de los sonidos. Cuánta belleza también en el exterior de los poemas, en las sílabas que se quedaban titilando, en las vocales y consonantes que se fundían y se elevaban, vagabundeando por el cielorro y finalmente escapando hacia el cielo traslúcido.

El auditorio reía en ocasiones, discretamente. Observaba la cabeza de Tranströmer. No parecía pendiente de quienes lo leían. A veces observaba el piano, que hacía sonar piezas de Debussy, György Kurtág, Schubert. También a veces miraba al centro, donde se proyectaban paisajes del pintor Peter Frie. ¿Qué se le pasaría entonces por la cabeza, esa cabeza que acoge la dura y fría tierra del Norte?

«De pronto estoy despierto y no me reconozco. Estoy bien despierto, pero eso no me ayuda. ¿Dónde estoy? ¿Quién soy? Soy algo que despierta en un asiento trasero, algo que se revuelve, con pánico, como un gato en una bolsa. ¿Quién? Por fin viene mi vida de regreso. Mi nombre llega como un ángel», escribía Tranströmer en *El nombre* (Visión nocturna, 1970, traducción de Roberto Mascaró).

Yo lo observaba ese día de perfil, la nariz picuda, la expresión simpática, sencilla, confiada. El público estaba contento, después de 37

años sin Nobel nacional, y compartido por el novelista Eyvind Johnson y el poeta Harry Martinson en 1974. Tomas Tranströmer es muy querido en Suecia. Con muchos premios y numerosas traducciones de su poesía, ya el año pasado sonó su nombre. *El cielo a medio hacer*, que Nórdica publicó en 2010, se estaba representando en el Teatro Íntimo que fundó Strindberg, cuando la concesión del Nobel. Es la primera versión teatral de su poesía, escrita y dirigida por Mia Winge.

En primavera ya empezó a hablarse en Suecia de Tranströmer más de lo habitual. Se reeditaban sus libros. Apareció la biografía *Tomas Tranströmer. Ett diktarporträtt*, de Staffan Bergsten (Albert Bonniers). «Un libro fabuloso, un retrato completo de Tranströmer como persona y como poeta, perfectamente editado, con un gusto y una pulcritud absolutas, en la forma y en el contenido», en opinión de Emilio Quintana, que señala la necesidad de que se edite pronto en España.

No siempre Tranströmer ha sido del agrado de todos. Desde cierta izquierda intelectual se le reprochó su falta de compromiso. Una frase conocida por estos lares nuestros. Faltó que lo

ga y termina en Mariatorget. En este parque se encuentra el busto Emanuel Swedenborg, obra del escultor Gustaf Nordahl. Swedenborg es el otro sueco universal y en delirio de sabiduría y ángeles boreales. La infancia y primera juventud de Tranströmer están en el Söder, barrio que fue comercial y obrero. Södermalm es la zona, o la isla olmenca, la que prefiero

No siempre fue del agrado de todos, se le llegó a reprochar su falta de compromiso

Se leyeron sus poemas en distintas lenguas. En español sonó 'Tormenta'

cia y la intensidad de las estrellas en el frío firmamento. «En el Norte, donde el día / vive todo el tiempo en una mina», escribe Tranströmer, en la traducción de Roberto Mascaró, en *Historia de marinos*.

Marinos los hubo en su familia. El poeta que de niño dibujaba mapas de países lejanos, con 17 poemas, su primer libro de 1954, comienza a modelar la presencia del mar y 20 años más tarde publica *Bálticos*: «Mi abuelo acababa de hacerse práctico de costa. En el almanaque anotaba los barcos que pilotaba». Todavía en diciembre Estocolmo es un hervidero de gabarras y chalupas de carga, de flamantes ferrys que entran y salen rumbo a Finlandia y Estonia. La ciudad en el agua no puede ignorar a los barcos.

«Yo, casco oscuro que flota entre dos puertas de esclusas». La gente aplaude. Ocurre que, por cansancio, o por respeto al gran silencio que sigue a las palabras, el público, se olvida de hacerlo después de la intervención de un actor. Yo me hubiera levantado para aplaudir al no aplaudido. Para aplaudir al Tomas Tranströmer que estará pensando en sus cosas, entre el pasillo y su mujer. Otro cambio de esce-



Tomas Tranströmer con un ramo de flores, tras un acto de homenaje el pasado mes de diciembre. / EFE

tacharan de oscuro, aunque sí se dijo que escribía para la burguesía refinada. El compromiso de Tranströmer, si hay que hablar en estos términos, fue su trabajo de psicólogo en el área de la reinserción y rehabilitación social y en programas para personas con discapacidades. Cuando aún no había sufrido la hemiplejía que lo inmoviliza y lo ha dejado sin habla. Destino de poeta. Y de un poeta con una vida privada tan callada. Ni habladurías hacia adentro ni hacia afuera. Lo contrario a la demencia expresionista, luciferina, de un Strindberg o de epígonos simbolistas como Ekelöf.

Decidí una mañana pasearme por Swedenborgsgatan. En un tramo que ahora se llama Grindsgatan nació Tranströmer. La calle es lar-

siempre que visito Estocolmo. Y eso que desde hace años la habita una bohemia de diseño y que últimamente, sobre los riscos de Montelius, se organizan rutas literarias a cuento de no sé qué novela negra que causa furor y transcorre, al parecer, entre sus calles asomadas al lago Mälaren, a la vista de Gamla stan, de Kungsholmen, un barrio que en la memoria del poeta conserva huellas sombrías.

Lejos de mi evocación, continuaba leyendo Stina Ekblad. Qué prodigio. Con lo mal acostumbrado que estamos a la poesía declamada, todo énfasis y cursilería. Stina Ekblad dice el poema. Es el poema encarnado. La voz de carne que trasciende el cuerpo, el escenario, el edificio *art nouveau* del Dramaten, y sale a la noche azul del Norte. Es la luz, la transparen-

na y entraron nuevos personajes, nuevos idiomas: farsi, francés, húngaro, islandés... De pronto escuché, y entendí por completo el poema *Tormenta*, leído, en la traducción del poeta uruguayo y sueco Roberto Mascaró. Escuché la poderosa imagen de «la fortaleza verdinegra del mar...», una imagen del mar como fortaleza que también aparece en sus últimos haikus.

El público aplaudía. La luz recayó sobre el poeta. Desde su silla de ruedas levantó un ramo de flores y sonrió. Quien parece que ha cesado su actividad poética después de *El gran enigma* (2004), con ese gesto materializó sus palabras escritas: «Fuerte y lento viento / de la biblioteca del mar. / Aquí descanso».